

AH KIN CHI

PROFETA MAYA
HERNÁN LARA ZAVALA



AH KIN CHI
PROFETA MAYA
HERNÁN LARA ZAVALA


Textos de Difusión Cultural



Coordinación de Difusión Cultural
Dirección de Literatura
México, 2011

Diseño de:
Portada: *Roxana Ruiz y Diego Álvarez*
Nuevo logotipo de la Dirección de literatura:
Andrea Jiménez

Primera edición: 3 de junio de 2011

DR©2011, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, 04510 México, D.F.
Coordinación de Difusión Cultural
Dirección de Literatura

Impreso y hecho en México

ISBN: 978-607-02-2317-4

*Agradezco a Carlos Villanueva sus
comentarios y correcciones.*

REPARTO

AH KIN CHI, sacerdote de Maní, hombre de treinta años.

Tutul Xiu, rey de los mayas de Maní, hombre de sesenta años.

NACHI COCOM, rey de los mayas cocomes en Zotuta, hombre de cuarenta años.

IX KUKIL, esposa de Ah Kin Chi e hija de Tutul Xiu, mujer de veinticinco años.

Mujer sacrificada.

FRANCISCO DE MONTEJO XIU, niño de doce años

AÑO 1537

El escenario es negro con un pequeño promontorio al fondo donde hay una formación natural que sirve de asiento para Tutul Xiu. A la derecha, al frente, se ve la torre de un campanario. En el horizonte se ve el mar. Una cortina negra con una cruz roja al centro funge, en ocasiones, como horizonte, Los mayas de Maní aparecen vestidos con mallas blancas y descalzos.

Aparece Nachi Cocom, en el extremo derecho del escenario, vestido con un pantalón de indio a la rodilla y sin camisa. Toca la campana de la torre sin dignidad ni altivez alguna. Francisco de Montejo Xiu (niño) se halla en cuclillas, junto a la torre,

avivando un pequeño fuego. El escenario se oscurece. Al centro aparece Ah Kin Chi, de espaldas al público, iluminado por una luz azul. Frente a él, una mujer, en mallas azul añil, con flores en el cabello, se halla tendida boca arriba y sobre una plancha de piedra frente al sacerdote.



AH KIN CHI: He aquí a la doncella más hermosa de la tierra de los Xiues.

(Pausa.)

¡Demonios! ¡Fuera de su cuerpo!
¡He de expulsarlos y con ello purificaré el templo!

(Pausa.)

(Baja la voz.)

Ella espera agradecida, entregarse a los dioses en generosa dilapidación; así podrá liberarse de las ataduras que su cuerpo tiene con este mundo.

(Pausa.)

(Se vuelve de frente al público, de pie. Sube el tono de su voz.)

La penetro.

(Se oye un quejido.)

Siento correr su sangre liberadora y fértil.

(Se apagan las luces. Cuando se vuelven a encender la mujer está estirada, sobre la plancha, boca arriba.)

Hago una hendidura entre sus pechos.

(Pausa.)

Echo mano de su bullente y tibio corazón. Lo desprendo como una flor de entre los campos. Lo arranco como a una piedra luminosa de las entrañas de la tierra.

(Pausa.)

¡Unto mi rostro y mi cuerpo con su sangre fresca y pura, roja y viva!

¡Muerte y sangre! ¡Simiente de vidas nuevas!

(El escenario se oscurece completamente.)

(Silencio.)

(Una luz blanca ilumina a Ah Kin Chi, ahora sin el falo. Camina hacia el frente del estrado. Se mantiene quieto un momento e inicia una serie de convulsiones: se halla en trance.)

¡Odio el futuro!

¡Abismo que nos separa!

¿Soy el que soy?

¡Ni el olvido ni el perdón!

¡Tinieblas!

¡Las palabras se rebelan, se niegan a obedecer!

¡Un dios trepado en un palo enhiesto vencerá a nuestros dioses!

¡Sus bocas se convertirán en nuestras bocas!

¡Intenso dolor! ¡manifestación del mal!

¡Algo pasa en la entraña de nuestra tierra que el dolor se siente hasta en el cosmos!

¡No basta el presente!

¡Nos doblegarán con rayo y trueno!
¡Nuestras piedras se convertirán
en sus piedras!

¡Fuego que quemara más que el
fuego!

¡Aves inflamadas surcan nues-
tros mares!

¡El sol dorado se oscurece!

¡La tierra se sacude y devora
nuestras ciudades!

¡Fuego y ceniza!

¡El futuro es cruel!

¡Nada es como es!

¡Cuerpos triturados!

¡Almas que vagan sin descanso!

¡No somos lo que fuimos, no so-
mos lo que seremos!

*(Ah Kin Chi cae al piso y empieza a
moverse como serpiente. Le cambia
el tono de la voz,)*

Repto silencioso. Mi piel brilla
bajo el sol y mis grecas nos mues-

tran el sendero de la vida; mi cascabel repica al son de la muerte. (*Suena el cascabel.*) Silencio en el silencio. Me arrastro entre la roca blanca y dura de estas tierras. He visto la enfermedad, la hinchazón, los gusanos, el huracán y la langosta. Nadie será lo que es. Robarán el calor de sus cuerpos y se quedarán fríos sin mí, el enemigo. Una mujer pisará mi cabeza con su carcañal y me impedirá moverme. Me veré obligado a dejarlos solos: carne pasible en tiempo impasible. Un dios contra todos nosotros. Hermanos contra hermanos. Sus palabras vencerán a las palabras y su dios se apropiará de nuestros labios.

(*Ah Kin Chi desfallece. El escenario queda a oscuras. Silencio.*)



(Luces. Tutul Xiu aparece sentado en su aposento. Ah Kin Chi de pie. En el extremo, junto a la torre de la iglesia, se ve a Nachi Cocom y a Francisco de Montejo Xiu, de noche, calentándose frente al fuego).

TUTUL XIU: ¿Y bien?

AH KIN CHI (*apesadumbrado*): No nos queda sino pactar...

TUTUL XIU (*molesto*): ¡Imposible!

AH KIN CHI: ¡Pactar, pactar, pactar! Los dioses lo repiten hasta el cansancio: el retorno del extraño es inminente.

TUTUL XIU: ¡Pelearemos! Los dioses no nos pueden pedir que nos entreguemos sin más ni más.

AH KIN CHI: Si tan sólo tuviéramos una oportunidad de salir victoriosos sería el primero en estar

por la lucha, pero nuestro destino está escrito en lo alto de los cielos: el extraño ha de volver para vencernos aun cuando luchemos. Son los mismos que hace años llegaron por el oriente y se retiraron.

TUTUL XIU: ¿Doblegarnos? Nunca fuimos pusilánimes. Defenderemos a nuestros dioses. Ya una vez derrotamos al extraño.

AH KIN CHI: Las hambres, plagas y guerras nos han menguado. El mensaje de los dioses que nos contemplan desde las estrellas es que no desean más muertes. El extraño no tardará. La primera vez que pisaron nuestras tierras eran un puñado de hombres. Ahora, repuestos de su derrota se han preparado para acabarnos. No nos queda sino pactar.

TUTUL XIU: ¡Jamás! ¡Nadie mandará donde somos señores! Si antes combatimos a los Cocomes y a los Itzaes, pelearemos también contra el extraño.

AH KIN CHI: En vano. Nuestra lucha no será contra hombres sino contra dioses. El invasor será invencible: traerá el rayo y el trueno, predicará al dios Vamonché trepado sobre una cruz, está escrito que cuando en nuestras tierras aparezcan venados con tetas rebozantes de leche, nuestros dioses serán vencidos y sus templos usurpados por otro dios en forma de hombre desnudo, muerto y vivo, clavado a un madero.

TUTUL XIU: ¿Qué dices? Tus palabras no tienen sentido.

AH KIN CHI: Las palabras también nos han de abandonar y han empezado a perder sentido.

TUTUL XIU: ¡Basta! ¡No quiero saber más mientras lo que dices no sea un hecho! Esperaremos los acontecimientos antes de cualquier determinación.

(Sale Tutul Xiu.)

(Entra Ix Kukil, esposa de Ah Kin Chi.)

IX KUKIL: ¿Por qué discutían?

AH KIN CHI: Tu padre. Se niega a aceptar los designios de los dioses.

IX KUKIL: ¿Desea la guerra?

AH KIN CHI: Así parece.

IX KUKIL: Pero hemos sido un pueblo pacífico. Llegamos a estas tierras sin luchar. Nos sujetamos a las leyes de Mayapán. Emparentamos con los vecinos y mi abuelo y mi padre se ganaron respeto y estima.

AH KIN CHI: Antes tuvimos que vagar
20 años por los despoblados sin ha-
llar más agua que la de los cielos.

IX KUKIL: Hasta que logramos esta-
blecernos cerca de Mayapán.

AH KIN CHI: Hemos sido un pueblo
pacífico que, no ha carecido de
orgullo ni valor. Peleamos contra
los cocomes cuando quisieron ti-
ranizarnos; luchamos hasta ex-
pulsarlos de Mayapán.

IX KUKIL: Mi abuelo acaudilló a nuestro
pueblo; mi padre luchó a su lado.

AH KIN CHI: Matamos a Cocom el viejo,
saqueamos sus casas. Pagaron con
sangre su intento de usurpación.

IX KUKIL: Aunque luego cobraron
venganza.

AH KIN CHI: Hambrunas y sequías
nos llevaron a solicitar su permiso
para ir a los cenotes sagrados.
Queríamos calmar a los dioses.

IX KUKIL: Pero los cocomes nos traicionaron y mataron a nuestros enviados.

AH KIN CHI: Muchas veces cuando los pueblos aparentan la paz alimentan el odio contra sus vecinos y rivales. En la paz, fraguan la guerra.

IX KUKIL: Así ocurrió entre xiues y cocomes. A pesar de tu juventud combatiste junto a mi padre, demostraste que además de buen juicio poseías fuerza, hombría y valor.

AH KIN CHI: Se trataba de una traición. Cuando luchamos contra los cocomes peleábamos por nuestra libertad.

IX KUKIL: ¿Será distinto con el extraño?

AH KIN CHI: Los dioses afirman que ellos han de mezclarse con nuestro pueblo, que viviremos prolongada aunque dolorosa unión.

IX KUKIL: ¿Estás seguro de interpretar bien los augurios?

AH KIN CHI: Además de la desintegración de Mayapán se lee en los cielos, escrito de mano de los dioses, su propia destrucción por una divinidad extraña.

IX KUKIL: No permitas que la incertidumbre te haga caer. Yo, te tengo buenas nuevas: Ah Kin Chi, el sacerdote de Maní, se convertirá en padre.

(Ah Kin Chi voltea la cara en forma de repudio.)

IX KUKIL: ¿Cómo? ¿No te alegra?

AH KIN CHI: *(de espaldas)*: A nuestro hijo le aguarda una vida poco digna, incierta.

IX KUKIL: Mi padre tiene razón, no debemos sufrir angustias antes de tiempo, no podemos adelantarnos a los acontecimientos.

AH KIN CHI: Me temo que nuestro destino y el de nuestros hijos es inevitable.

IX KUKIL: ¿Qué será de nosotros?

AH KIN CHI: No lo sé; no deja de atormentarme imaginar con qué ojos nos mirarán nuestros hijos.

(El escenario se oscurece.)



(Nachi Cocom y Francisco de Montejo Xiu se hallan frente a la fogata comiendo. Nachi Cocom se levanta, se dirige al campanario y empieza a tocar: a cada campanada aparece una cruz en el horizonte. Francisco de Montejo Xiu, al oír las campanas, se levanta, se persigna y desaparece por la puerta del campanario.)

(El estrado se oscurece.)

(Aparecen Tutul Xiu y Ah Kin Chi, de frente al público.)

AH KIN CHI: Mis profecías empiezan a cumplirse.

TUTUL XIU: ¡Cómo? ¿Han llegado?

AH KIN CHI (*Mirando hacia el público*): Como me lo ordenaste aposté varios hombres a lo largo de la costa para que vigilaran el mar. No ha mucho nuestros vigías vieron a lo lejos tres grandes aves inflamadas volando sobre las aguas. Traían en sus entrañas a hombres de hierro, barbados, a hombres bestia y a los venados que te anuncié. Uno de los nuestros quiso atacarlos y lo fulminaron sin tocarlo; los demás huyeron. Los intrusos caminaron hasta Tekoh. Los Chel creyeron que cruzaban para salir del otro lado del mar y les

permitieron internarse en nuestras tierras. Ahora han formado un pueblo y ocupan Chichén Itzá.

TUTUL XIU: Son ellos... ha llegado la hora de tomar una determinación.

AH KIN CHI: ¿Cuál?

TUTUL XIU: Exploremos el ánimo del invasor, observemos sus fuerzas, sus intenciones, sus posibilidades. Entonces resolveremos.

AH KIN CHI: ¿Señor?

TUTUL XIU: ¿Qué ocurre?

AH KIN CHI: (*El rostro se le desfigura. La voz se le altera.*) Nuestro pueblo pasó, se acabó. Aborrecemos los mandatos de los cielos. Aquel que se dice el árbol verdadero acabará con el árbol verdadero. (*Se comienza a mover como serpiente; se oye el sonido del cascabel.*) Desconocemos las armas de nuestros enemigos: el rayo, las bestias, sus lanzas

más duras que nuestro pedernal...
su dios invencible.

(Recupera su voz y su compostura. Habla con los ojos perdidos en la distancia.) Te veo a ti Tutul Xiu: vienes cargado en andas. El extraño nos ve como a una turba de guerreros. Se apresta para el combate... Tienes miedo. Se encomiendan a su dios y esperan una señal para atacarnos... Los veo hincados, en silencio... Uno de ellos levanta un madero en forma de cruz... Nos observan... Tú arrojas tus armas al suelo: quieres demostrar que vienes en paz... los demás te imitamos y el extraño te pide que subas con tus principales hombres al pequeño cerro en el que se han guarnecido.

TUTUL XIU. Soy Tutul Xiu, descendiente de Ha Napot Xiu, mando

supremo de Maní, pueblo que se ha cubierto de gloria en Mayapán porque siempre ha buscado la libertad y el respeto. Este es Ah Kin Chi, nuestro sacerdote y esposo de mi hija.

AH KIN CHI: Los hemos esperado largo tiempo. Los libros sagrados y Kukulcán nos auguraron su llegada. Supimos de su primera llegada a nuestras tierras, de su salida y de que habían vuelto. Hemos estudiado sus movimientos; y sus continuas victorias contra nuestros hermanos de Mayapán. Deseamos saber qué esperan de nosotros y de nuestras tierras.

(Nachi Cocom y Francisco Montejo Xiu, de pie, con actitud arrogante, miran a Tutul Xiu y a Ah Kin Chi moviendo la cabeza negativamente.)
(El estrado se oscurece.)

TUTUL XIU (*Ah Kin Chi*): Nos han dicho que no desean la guerra y afirman ser hombres de buena voluntad. Prometen respetar la vida de los nuestros, tú mismo escuchaste que me permitirán conservar mi jerarquía si reconocemos a su rey y aceptamos a su Dios, afirman que no desea la guerra sino la paz en nuestras tierras. He pedido que nos concedan un tiempo antes de una decisión.

(Francisco de Montejo Xiu aparece de rodillas, orando, mientras Nachi Cocom lo observa con mirada lastimera y moviendo la cabeza en tono de reproche.)

AH KIN CHI: ¿Y bien?

TUTUL XIU: Pactaremos.

AH KIN CHI: (*Extrañado*): ¿Pactaremos?

TUTUL XIU: ¿No es lo que aconsejabas?

AH KIN CHI: Así lo predijeron los dioses del *Chilam Balam* pero te negabas.

TUTUL XIU: Después de meditarlo he de seguir tu consejo: entre derramar sangre o buscar la paz, más vale pactar. (*Tutul Xiu avanza hacia el frente y habla hacia el público*): El poder de su dios debe ser tan grande como invencible. Las batallas que han ganado nos han persuadido de su poder y de nuestro destino. Nos someteremos siempre y cuando cumplan sus promesas.

AH KIN CHI (*Aparte*): Renunciaremos al culto de nuestros dioses. De Kukulkán. La serpiente emplumada, que reptaba y vuela, la que da y quita, se convertirá en el enemigo de su dios y será la primera en conocer la derrota.

(Kin Chi observa a Tutul Xiu.)

TUTUL XIU: Ofrecemos nuestros buenos oficios para convencer a los demás pueblos de Mayapán que no han querido doblegarse para que eviten una muerte infructuosa. No es tiempo de guerra ni de temeridad.

AH KIN CHI (*Aparte*): Qué suerte para estos hombres nuestra sumisión. Estas tierras que habían resistido la usurpación pasarán a sus manos. El calor, hambre, batallas, el temor a una muerte oscura en un lugar lejano y el peregrinar por estas tierras áridas les ha durado poco... A ellos les espera el descanso y la recompensa, nuestras manos, nuestro trabajo, nuestras mujeres y nuestra riqueza, pero a nosotros... nosotros estamos muertos, nuestras ciudades

sagradas han muerto y las batallas, la sangre y la gloria a las que aspirábamos están muertas, nada sirvió de nada...

TUTUL XIU: He aquí a los dignatarios que han aceptado plegarse a los designios divinos: Todos ellos se pueden contar entre sus aliados.

(Se oscurece el escenario)



(De vuelta a Maní. Tutul Xiu y Ah Kin Chi, sus mallas salpicadas de manchas rojas.)

TUTUL XIU: Conforme a la promesa que hicimos seleccionarás a los nobles que te acompañarán para que hables con Nachi Cocom. De ahí continuarás para hablar con el rey de los cupules.

AH KIN CHI: No olvides que los cocomes han sido enemigos de la casa Xiu desde nuestra llegada a Mayapán.

TUTUL XIU: Ante las tragedias nuestras diferencias internas deben desaparecer.

AH KIN CHI: Tanto cocomes como cupules han combatido al extranjero y aunque derrotados juraron luchar hasta echarlos al mar.

TUTUL XIU: Si hemos acordado pactar ha sido por el bien de todos sin reparar en si son xiues, cocomes o cupules. Aprovecharemos las treguas entre ambas dinastías para hablar con ellos.

AH KIN CHI: Nachi Cocom no es de fiar. Su corazón está henchido de soberbia y no parece conocer el olvido ni el perdón.

TUTUL XIU: Nada le vas a pedir sino que conserve la vida de los suyos.

AH KIN CHI: Como a nosotros los dioses deben haberles señalado sus designios.

TUTUL XIU: Como sacerdote de los xiues, encabezarás nuestra embajada, tratarás de convencerlos: no vale la pena luchar.

AH KIN CHI: Desconfío.

TUTUL XIU: No temas. Nachi Cocom no atentará contra tu investidura.

(Se oscurece el foro.)



(Nachi Cocom, vestido de mallas rojas y dos guerreros a sus espaldas. Ah Kin Chi frente a él.)

NACHI COCOM: Bienvenidos hermanos xiues. Se nos advirtió de su visita. He adornado el pueblo con flores y los músicos tocan sus ca-

racoles y tunkules para celebrar su llegada.

AH KIN CHI: Gran rey de los cocomes, saludos de Tutul Xiu, mi señor, para ti y tus aliados de Izamal y Chichén Itzá, nuestras ciudades sagradas.

NACHI COCOM: Saludos, Ah Kin Chi, que siempre te has distinguido por tu criterio y la claridad de pensamiento. Permíteme colocar en tu cuello la más alta dignidad que los cocomes ofrecemos en reconocimiento a los amigos. Sirva para acabar con una pendencia demasiado prolongada.

(Ah Kin Chi se acerca y Nachi Cocom le coloca un pectoral de jade.)

AH KIN CHI: Agradezco la distinción, y espero portarla con honor para el bien de nuestros pueblos.

NACHI COCOM: Escuchemos tus palabras. Estamos ansiosos de conocer el motivo de tu misión.

AH KIN CHI: Gran señor Nachi Cocom: nuestros padres y sus padres antes que ellos dejaron escritas las profecías de nuestro gran señor Zamná, profecías confirmadas por Kukulcán, señor y dios cuyos templos se alzan en Chichén Itzá. Estos augurios se han cumplido: el extranjero ha vuelto. Tus ejércitos los han combatido inútilmente. He consultado oráculos, he rogado a nuestro gran Hunab Kú, dios entre los dioses. La respuesta ha sido una y la misma: ¡Pactar! Grandes señores y sabios del Consejo: debemos olvidar el odio que nos ha dividido y conjurar la tormenta que se avecina. El extranjero es invenci-

ble. En nombre de nuestros dioses y de mi señor Tutul Xiu imploro: ¡Acatemos el destino y pactemos! ¡Evitemos una guerra de antemano perdida! ¡Pactemos!

NACHI COCOM: Tus palabras me llenan de duda y desconcierto. Hemos combatido entre nosotros desde el desmembramiento de Mayapán cuando sólo yo, entre mis descendientes, logré escapar de la muerte azuzada por ustedes. Tuve que volver a reunir a mi gente diseminada y poblar una nueva ciudad a la que puse Tibultuntzek pues consideré que fuimos engañados. Se me presentó el momento de la venganza cuando el tiempo negro azotó nuestras tierras y ustedes quisieron pasar por Zotuta camino a los cenotes sagrados. Volvimos a la

guerra. Luchamos cuando sobrevino la muerte del padre de Tutul Xiu y con ella se impuso la paz ahora interrumpida por la presencia del extraño. Dices bien cuando mencionas que debemos olvidar el odio que ha dividido a nuestros pueblos. Pero tu propuesta me confunde si he de ser sincero, estaba seguro que venían buscando una unión con nuestro pueblo para expulsar al invasor. El extraño nos venció ya una vez y si nos hemos replegado es para hacernos más fuertes buscando la unión con otros pueblos.

AH KIN CHI: En un principio Tutul Xiu y antes que él yo nos negábamos a aceptar cualquier pacto; por desgracia los presagios de los cielos eran insistentes y no cambiaron. Ahora han sido confirmados

por los hechos que hemos vivido en los últimos tiempos. Esto nos ha convencido, a mí, y luego a Tutul Xiu, de lo infructuoso de una lucha y de las ventajas de pactar. Los dioses piden que ya no se les interrogue más. Uno de dos mundos debe perecer y hundirse.

NACHI COCOM: ¿Es posible que alguien renuncie a su tierra sin más?

AH KIN CHI: No es por la tierra por la que luchamos sino por preservar nuestro espíritu.

NACHI COCOM: No hay espíritu sin tierra.

AH KIN CHI: El espíritu es lo único que pueda perdurar; nuestras tierras y monumentos serán vestigios de aquello que ya vivió dentro de nosotros.

NACHI COCOM: Tus palabras me confunden y desconciertan. Sumo

sacerdote de los xiues, mis aliados y yo te hemos escuchado. Por ahora no podemos ofrecerte una respuesta. Debemos consultar los designios de los dioses y acordar entre los nobles. Les pedimos tres días para deliberar al final obtendrán una respuesta que te encargarás de llevar a Tutul Xiu.



(Ah Kin Chi y Nachi Cocom, sentados frente a frente.)

AH KIN CHI: Durante días comimos carne de venado y el balché corrió en abundancia. Te has esforzado para hacernos olvidar nuestras antiguas querellas. Pido ahora una respuesta para llevar tus palabras hasta Maní.

NACHI COCOM: Hemos consultado los oráculos. Hemos visto los augurios tornarse en realidades. Los dioses han sido contundentes y tajantes.

AH KIN CHI: ¿Qué han aconsejado a los cocomes?

NACHI COCOM: ¡Pactar! Igual que ustedes, el oráculo nos ha aconsejado pactar.

AH KIN CHI: El destino es uno.

NACHI COCOM: Los dioses no conocen la mentira (*pausa*) y sin embargo...

AH KIN CHI: Sin embargo...

NACHI COCOM: Hemos decidido desafiar el designio de los dioses.

AH KIN CHI: Imposible. Con ello negarías toda esperanza.

NACHI COCOM: (*Cambiando el tono*): Niego la esperanza y a los traidores como tú y tu pueblo.

(Nachi Cocom se levanta de súbito e inmoviliza a Ah Kin Chi.)

AH KIN CHI: *(mirando hacia lo lejos):*
¿Qué sucede? Tus hombres se lanzan contra mi séquito. ¡Deténganse! ¡Se los pido en nombre de nuestros dioses!

NACHI COCOM: Dioses contra los que nos hemos rebelado.

AH KIN CHI: Debemos acatar lo que nos deparen los cielos: lo mismo la luz que las tinieblas.

NACHI COCOM: Tus hombres morirán.
(Nachi Cocom hace un gesto con el rostro para que se ejecute su amenaza.)

AH KIN CHI *(Forcejeando y gritando):*
¡No! ¡La ira de los dioses ha de caer sobre ti y sobre tu pueblo!

NACHI COCOM: Es nuestra ira la que caerá sobre ustedes. Si la nuestra ha sido traición, es para combatir la traición; la auténtica traición se

da cuando uno siente vergüenza de ser lo que es, de haberse comportado como uno jamás pensó.

AH KIN CHI: Acúsame de cualquier cosa menos de traición: nunca, he buscado otro interés que el de mi pueblo.

NACHI COCOM: Nuestro destino es la derrota pero ustedes morirán a manos nuestras, como deben morir los traidores. Nos hemos propuesto luchar hasta desaparecer. Desafiar a nuestros dioses antes de verlos expulsados de sus templos, vejados, mancillados.

AH KIN CHI (*bajando la voz*): El dios del extraño es invencible.

NACHI COCOM: ¡Es un dios muerto clavado sobre dos ramas!

AH KIN CHI: Ha vencido a nuestros dioses vivos...

NACHI COCOM: Es un dios cruel: ¡mientras predica la paz mata con rayo y fuego!

AH KIN CHI: Nada podemos contra lo escrito...

NACHI COCOM: Los cocomes lucharemos para devolverle su lugar a nuestros dioses aunque tengamos que sucumbir. Pereceremos junto con nuestros dioses.

AH KIN CHI: Has cometido gran afrenta contra mi pueblo.

NACHI COCOM: Ustedes han cometido gran afrenta contra nuestros pueblos.

AH KIN CHI: Hemos buscado la paz y la preservación.

NACHI COCOM: Una paz a costa de nosotros.

AH KIN CHI: Quítame también la vida.

NACHI COCOM: Lo que hasta ahora vieron tus ojos es lo que los coco-

mes respondemos a una propuesta como la que hicieron. Le dirás a Tutul Xiu que al castigar a tus acompañantes por traición les dimos una muerte más digna que la que ustedes les habían deparado. Dirás a Tutul Xiu que lucharemos: contra ustedes, contra el extraño, contra los propios cielos, contra quien atente contra nuestra libertad hasta que nos maten o logremos cambiar los presagios.

AH KIN CHI: Acaba de una vez conmigo...

NACHI COCOM: Echa una última mirada sobre los cuerpos de tus sacerdotes y guerreros muertos para que no olvides lo que aquí sucedió.

AH KIN CHI: No deseo oír más. Acabemos.

NACHI COCOM: No es la muerte lo que te aguarda sino la oscuridad. Ah

Kin Chi será el último sacerdote maya que vio su tierra libre. Con ello te evitaré la ignominia de que contemples a tu pueblo encadenado. Pero primero he de quitarte el pectoral que te dimos.

(Nachi Cocom rompe el pectoral.)

¡Sáquenle los ojos!

(Ah Kin Chi grita de dolor.)

Cuatro capitanes te sacarán de nuestras tierras donde no mereces poner el pie. Cuando lleguen al territorio de Maní te abandonarán a tu suerte.

(Sale Ah Kin Chi.)

(Nachi Cocom se adelanta sobre el estrado y le habla al público.)

¡Pueblos del oriente! ¡Kukulkán nos llama! ¡Guerra a la alianza con el extraño! ¡Muerte a los usurpadores! ¡Que el odio inunde nuestros corazones y nos lance contra el invasor!

(El telón se oscurece.)

(Pausa.)

(Una luz blanca ilumina a Ah Kin Chi que, vestido de negro en el centro del estrado y frente al público, camina a tientas rumbo a Maní.)

AH KIN CHI (*ciego*): Nada será como es. En la más densa de las tinieblas busco a los míos. Mis lamentos resuenan por el monte y mis penas hundan mi corazón. No sé a dónde me conducen mis pasos. ¿Qué es lo que importa? ¿Entregarse al destino y sobrevivir o rebelarse y sucumbir luchando? ¿Preservar la sangre de los nuestros en cauteloso silencio o derrocharla en indómita temeridad? Ahora puedo mirar los templos que se levantarán sobre nuestros

templos, las piedras que serán sus piedras y los hombres que serán sus hombres. Lamentaremos haber sido lo que fuimos y ser lo que somos.

(Cambia el tono y habla como si estuviera presenciando lo que narra.)

Los cocomes se lanzan hacia el extraño con gritos y cantos de guerra. Los invasores están preparados. Los cocomes levantan empalizadas, intentan sitiarnos. El extraño deja que la noche transcurra para atacar con la aurora. Veo llamas, lanzas, pechos desnudos que se escuchan y confunden con los muertos por el campo. El invasor se estremece: los cocomes prefieren matarse entre sí antes que caer en manos del enemigo. Les toman una fortificación y los cocomes ya levantan otra.

El resuello de los árboles se aleja. Camino por el desierto de piedra blanca, de piedra dura, de piedra estéril en esta eterna noche en la que el sol me escuece y el agua falta y el animal acecha.

(Narra.)

Combaten. Los cocomes se repliegan y ellos avanzan. Los extraños se alejan. Los cocomes huyen, se refugian en el monte. Uno de los invasores va tras ellos. Es más rápido que los cocomes. Arremete, acribilla, hiere, degolla. Advierte, entre la espesura, que sus enemigos han logrado dispersarse, huir. El extraño se da cuenta que se halla solo...

(Gesticula asumiendo el papel del extraño.)

Mira a su alrededor: nadie. En el monte reina un silencio sepulcral.

El sol vibra incandescente y despiadado en lo alto de los cielos. El extranjero se detiene. Con las manos empapadas de sangre invoca a su dios (*hace la señal de la cruz*). Esta tierra silenciosa y plana apenas alcanzará para unos cuantos, se dice. Avanza lentamente con sus patas de bestia (*se oyen los cascos*) y mira a su alrededor: ni montañas, ni lagos ni ríos. El resonar de sus pisadas le hace advertir que no camina sobre tierra. Contempla el piso y no lo reconoce: con los ojos desorbitados se da cuenta: camina sobre piedra. Aquí no va a haber tierra que arar sino piedra que quebrar. Bendito país al que hemos llegado: mi oro ni tierra ni agua. Pero a pesar de la monotonía del paisaje el extraño percibi-

rá el misterio del lugar donde se encuentra y sentirá amor por esa piedra que pisa, piedra que nosotros alcanzamos a proyectar hasta los astros. Ignora que la sangre que tiñe sus manos, la de sus víctimas, se ha de mezclar con la suya. Ignora que sus hijos han de ser también nuestros hijos.

(El estrado se oscurece.)



(Tutul Xiu y Ah Kin Chi.)

TUTUL XIU: ¿Y bien?

AH KIN CHI: Pactar.

TUTUL XIU: ¿Pactar?

AH KIN CHI: Pactar.

(El estrado se oscurece.)

AH KIN CHI (*ciego.*) Vagué durante días con el deseo de que la ponzoña de algún reptil o el hambre de algu-

na fiera lograra dar conmigo. Anhelé que me doblegara el sol o que me aniquilara la sed. Estaba dispuesto a abandonarme a la muerte cuando me pareció oír voces.

TUTUL XIU: Tú y mis nobles serán vengados como nuestros ancestros se vengaron contra los cocomes.

AH KIN CHI: Abandonemos a Nachi Cocom: la muerte ya lo aguarda.

TUTUL XIU (*de frente al público, las manos en torno a la boca*): ¡Nachi Cocom! ¡Depongan las armas! ¡No hay nada qué hacer! ¡Ríndanse!

AH KIN CHI: Nada será como es. Mis quejidos resuenan por la tierra y mis penas quiebran mi corazón y el de los míos. Camino sin rumbo. Lamentaremos ser lo que somos por haber sido lo que fuimos.

TUTUL XIU: Hemos vencido a los cocomes con ayuda del extranjero,

quien ha emprendido una nueva campaña contra cupules y cochhuajes para acabar con la coalición. Tal y como prometieron nos han entregado a Nachi Cocom, vivo, para que hagamos con él lo que nos plazca.

(Entra Nachi Cocom ya no con sus mallas rojas sino con un calzón blanco y el pecho desnudo, las manos atadas por detrás.)

¿Qué haremos con él? ¿Le quitamos la vida por haber asesinado a nuestros nobles? ¿Le arrancamos los ojos como hizo contigo? Así como tú fuiste el último sacerdote maya que vio su tierra libre él será el último que...

AH KIN CHI (*Interrumpiendo*): Yo señor, debo a este hombre más lágrimas que reproches, yo, que hepreciado siempre la palabra como

el don más grande que recibimos de los cielos. Pero la palabra, como los hechos, se han vuelto en contra nuestra. Nachi Cocom ha sido un noble que combatió con valor por la dignidad y libertad de su pueblo. Merece vivir. Su destino, como el nuestro, es la derrota. Queda esclarecido aquello que leí en la faz de los cielos y que interpreté como la noche de nuestra historia. ¿Su castigo? El mismo que el nuestro: plegarse a la fe del dios extraño que le anunciamos y que venció a nuestros dioses.

(Levantando la voz.)

Pido para Nachi Cocom la sumisión y el bautizo... que él y sus descendientes conserven el cacicazgo de Zotuta como ejemplo para sus hermanos mayas.

TUTUL XIU: Con este veredicto hemos de poner fin a las pependencias entre nuestros pueblos.

AH KIN CHI: Se bautizará primero a Nachi Cocom. Luego seguirá tu nieto e hijo mío.



(Se escuchan las campanas de la iglesia y se ilumina, simultáneamente la cruz roja que se encuentra en el horizonte. Una voz de hombre dice las siguientes palabras con acento castellano.)

Voz: Nachi Cocom, de ahora en adelante renunciarás al demonio y a tus dioses para servir y obedecer a nuestro dios único y verdadero, yo te bautizo en el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo con el nombre de Juan Cocom.

(Pausa.)

(Se escucha el llanto de un niño pequeño.)

Y tú, pequeño, llevarás por nombre Francisco Montejo Xiu, en honor al que vino a conquistarlos y a quien se conoce como el Adelantado.

(Se oscurece el estrado; se escuchan campanas cuyo sonido se va desvaneciendo.)



(Aparece Tutul Xiu, como al principio, sentado. Ah Kin Chi se encuentra de rodillas, otra vez en mallas blancas, con vista, las manos sobre el rostro, concentrado; atrás se ve el cuerpo azul de la mujer que ha sido sacrificada.)

TUTUL XIU: ¿Y bien?

AH KIN CHI: (*Silencio.*)

TUTUL XIU: ¿Qué aconsejan los dioses? ¿Qué hacer si vuelven a nuestras tierras?

AH KIN CHI: (*Silencio, haciendo un esfuerzo por contenerse.*)

TUTUL XIU: ¡Habla! ¿Qué has leído en los cielos?

AH KIN CHI: A decir verdad mi señor no lo sé, no lo sé...

(*Se pone de pie y se dirige al borde del estrado.*)

TUTUL XIU: ¿Cómo que no lo sabes? ¿Qué hacer si vuelve el extraño?

AH KIN CHI: No lo sé (*Se dirige al público y apunta con la mano*) pero tal vez tú (*señala a alguien*) o tú o tú puedan decirme qué podemos hacer.

(TELÓN)

Ah KinChi: profeta maya de la Dirección de Literatura
de la Coordinación de Difusión Cultural
de la UNAM, se terminó de imprimir
el 3 de junio de 2011,
en Formación Gráfica, S.A. de C.V.,
Matamoros 112, Col Raúl Romero, C.P. 57630,
Cd. Nezahualcóyotl, Estado de México.
La composición se hizo en tipos
Century Schoolbook 11/15
y se utilizó papel Cultural de 90 gs.
Se tiraron 1 000 ejemplares.
La edición estuvo al cuidado de
Ana Cecilia Lazcano Ramírez

